

Heinrich von Kleist



*La marquesa de O*

MALDOROR



**Heinrich von Kleist**

**LA MARQUESA DE O...**

Traducción:  
Jorge Segovia y Violetta Beck

**Maldoror ediciones**

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada  
por los editores, viola derechos de copyright.  
Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

*Die Marquise von O...*

Editions Circé, París 1970

© Primera edición: 2010

© Maldoror ediciones

© Traducción: Jorge Segovia y Violetta Beck

ISBN 13: 978-84-96817-83-8

MALDOROR ediciones, 2010  
maldoror\_ediciones@hotmail.com  
www.maldororediciones.eu

*La marquesa de O...*



(Relato basado en un hecho auténtico, sin otro cambio que el del teatro de los acontecimientos, que ha sido desplazado del Norte al Sur.)

*Esta historia es para ti, hija mía. ¿En un desmayo? ¡Qué desvergonzada farsa! Sencillamente había cerrado los ojos. Lo sé.*

KLEIST  
(XIX Epigrama)

En M..., importante ciudad de la Italia septentrional, la marquesa de O..., una dama viuda de intachable reputación, madre de varios hijos esmeradamente educados, hizo saber por medio de los periódicos que sin explicarse cómo se hallaba en cinta, que el padre debía presentarse para reconocer al hijo que iba a traer al mundo, y que -por consideraciones de familia-, estaba resuelta a casarse con él. La dama, que, obligada por aquella ineluctable situación se atrevía a dar un paso tan insólito, poniéndose públicamente en ridículo, era la hija del señor de G..., gobernador de la ciudadela de M... Pronto haría tres años desde que había perdido a su esposo, el marqués de O... (hacia quien siempre mostró el más tierno cariño), en el transcurso de un viaje que le llevaba a París. Por expreso deseo de su venerable madre -la señora de G...-, la marquesa abandonó la campestre mansión cerca de V..., en la que por entonces vivía, y volvió con sus dos hijos a casa de su padre. Allí había pasado estos últimos años, entregada a la lectura y las artes, la educación de sus hijos y el cuidado de sus padres, llevando una recogida existencia, hasta que súbitamente estalló la guerra de... que sitió la comarca con tropas

de casi todas las naciones, incluida Rusia. El coronel de G..., que tenía orden de defender la plaza, sugirió a su mujer y a su hija que se retirasen a sus tierras –bien a las de ésta o a las de su hijo– de los alrededores de V... Pero mientras las dos mujeres sopesaban, de una parte: la zozobra que era esperar si se quedaban en la ciudadela y, de otra, los horrores de la guerra en campo abierto, antes de que hubiesen alcanzado un acuerdo sobre los pasos a seguir, la ciudadela era atacada por los rusos e intimada a rendirse. El coronel hizo ver a su familia que en adelante se comportaría como si no estuviesen allí, y respondió al enemigo con balas y granadas. Éste, por su parte, bombardeó la ciudadela. Incendió los almacenes, avanzó su posición y, como el gobernador, tras un nuevo requerimiento, se negase a la rendición, el enemigo ordenó un ataque nocturno y tomó por asalto la ciudadela.

En el momento mismo en que las tropas hacían irrupción bajo un violento fuego de artillería, se incendió el ala izquierda de la residencia del gobernador, lo que obligó a las mujeres a abandonarla. La esposa del coronel, apresurándose en seguimiento de su hija que bajaba por la escalera con los niños, les gritó que no debían separarse y se refugió en los sótanos. Pero una granada que en ese momento estalló en la casa llevó al límite la confusión en que estaban. La marquesa, con sus dos hijos, llegó a la explanada del castillo, donde los disparos –en pleno fragor del combato– horadaban la noche con sus foganazos; entonces, enloquecida y sin saber ya a dónde ir, retrocedió y entró de nuevo en la casa en llamas. Allí, para su desgracia, al querer huir por la puerta de atrás, dio con una avanzadilla de tiradores enemigos quienes, al verla, se echaron las armas al hombro y la arrastraron con obscenos ademanes que nada bueno presagiaban. Maltratada por aquella jauría que se la disputaba en reñida lucha y tiraba de ella por un lado y por otro, era en vano que la marquesa pidiera socorro a sus damas que, asustadas, emprendieron la huida. La llevaron al patio

interior del castillo, y ya iba a caer allí bajo las más odiosas vejaciones cuando, atraído por los gritos de angustia de la dama, apareció un oficial ruso que dispersó con furiosos golpes a aquellos perros lúbricos encarnizados con su presa. A la marquesa le pareció como un ángel llegado del cielo. El oficial, con la empuñadura de su sable golpeó en la cara al último de aquellos miserables que estrechaba el delicado cuerpo, de modo que se tambaleó y acabó retrocediendo con la cara ensangrentada. Después ofreció su brazo a la dama, hablándole en francés con cortesía, y muda de espanto como estaba tras las escenas vividas, la condujo al ala opuesta del palacio que aún no había sido alcanzada por las llamas. Allí perdió completamente el conocimiento y se desplomó. Fue entonces cuando... Sus damas, aterradas, no tardaron en presentarse, y él hizo todo lo necesario para que viniera a verla un médico; a continuación, poniéndose el quepis, les aseguró que se repondría sin tardanza y de nuevo fue a incorporarse al combate.

En poco tiempo la plaza fue totalmente conquistada, y el gobernador, que aún se defendía porque no esperaba encontrar perdón, se retiraba con tropas desfallecientes hacia la entrada principal de su residencia, cuando el oficial ruso, con semblante muy encendido, salió de ella y le gritó que se rindiera. El gobernador le contestó que sólo esperaba aquel requerimiento; le entregó su espada, pidiendo permiso para entrar en el castillo a fin de ver lo que había sido de su familia. El oficial ruso, que a juzgar por el papel que desempeñaba parecía ser uno de los jefes de las tropas de asalto, le otorgó su aquiescencia haciendo que una guardia le acompañara; se dio cierta prisa en ponerse al frente de un destacamento, decidió el combate allí donde aún quedaba algún foco de resistencia y mandó ocupar con suma eficacia los puntos defensivos de la fortaleza. Se apresuró en regresar a la plaza de armas, dio orden de sofocar el incendio que se incrementaba y hacía estra-

gos, demostrando personalmente una prodigiosa energía cuando no ejecutaban sus órdenes con bastante celo.

Tan pronto se le veía trepando acá y allá con la manguera en la mano, en medio de las vigas en llamas, y dirigiendo oportunamente los chorros de la bomba, como desaparecía en el interior de los depósitos de municiones, helando de espanto el corazón de sus asiáticos, o sacaba rodando barriles de pólvora y bombas cargadas. El gobernador que, entretanto, había entrado en su residencia, cayó en el más profundo abatimiento cuando supo lo que le había sucedido a la marquesa. Estaba ya completamente repuesta de su desmayo, sin auxilio del médico, como había predicho el oficial ruso, y, contenta de volver a ver a los suyos sanos y salvos, guardaba cama únicamente para aplacar sus exageradas alarmas. Aseguró a su padre que no tenía otro deseo que el de poder levantarse para dar las gracias a su salvador. Sabía ya que se trataba del conde F..., teniente coronel del cuerpo de cazadores de T..., caballero de la orden del Mérito militar y de varias otras. La marquesa rogó a su padre que suplicase encarecidamente al conde que no se marchara de la ciudadela sin haberse dejado ver un instante en el castillo. El gobernador, que respetaba los sentimientos de su hija, volvió al fuerte sin tardanza, y mientras el oficial iba y venía por las murallas pasando revista a las tropas que le quedaban y atendiendo sin tregua a las medidas que se habían de tomar, puesto que no había ocasión mejor de abordarle, allí mismo le participó el deseo y la emoción de su hija. El conde le aseguró que no aguardaba más que el instante en que sus deberes le dejaran algún momento libre para ir a presentarle sus homenajes. Pero en el instante en que acudía a informarse del estado de la marquesa, vinieron varios oficiales a darle partes que nuevamente le arrastraron al torbellino de la guerra. Al amanecer llegó e inspeccionó el fuerte el general en jefe de las tropas rusas, testimonió al gobernador su alta estima, lamentó que el éxito no hubiera secundado mejor su valentía, y, fiado en

su sola palabra de honor, le concedió plenamente libertad para ir a donde quisiera. El gobernador le dio las gracias y le expresó todas las obligaciones que había contraído en aquella jornada hacia los rusos en general y particularmente hacia el joven conde F..., teniente coronel del cuerpo de cazadores de T... Preguntó el general qué había ocurrido, y cuando le refirieron el innoble atentado cometido contra la marquesa, una violenta indignación se apoderó de él. Mandó acercarse al conde F..., llamándolo por su nombre, le felicitó primero en pocas palabras por lo que había tenido de caballeresco su comportamiento personal, lo que llevó el rubor a su rostro, y concluyó dándole la orden de mandar fusilar a los miserables que habían arrojado aquel baldón sobre el nombre del emperador, intimándole a decir quiénes eran. El conde respondió con voz vacilante que no le era posible dar sus nombres: a la incierta luz de los reverberos del patio no había sido capaz de reconocer sus rostros. El general, sabedor de que en esos momentos el castillo estaba ya en llamas, se mostró sorprendido; hizo notar lo fácil que es distinguir por sus voces en la oscuridad a personas a quienes se conoce bien, y encogiéndose de hombros con aire contrariado le encargó que llevara a cabo la más minuciosa y severa investigación sobre el asunto. En ese momento, alguien que se encontraba entre las últimas filas se adelantó para decir que uno de los miserables heridos por el conde se había desplomado en el pasillo y que la gente del gobernador lo había arrastrado hasta un cuchitril donde todavía se encontraba. Por orden del general fueron a buscarle unos soldados de la guardia; se le sometió a un breve interrogatorio, y, una vez que hubo dado los nombres de los demás encausados, fueron fusilados en número de cinco. Hecho esto, el general dejó en la fortaleza una reducida guarnición y ordenó al resto de la tropa ponerse en marcha. Los oficiales se dispersaron a toda prisa hacia sus unidades. Mientras corrían atropelladamente de un lado a otro, el conde se acercó al gobernador; le expresó su

pesadumbre por no serle posible hacer otra cosa, en aquellas circunstancias, que enviar a la señora marquesa sus más deferentes respetos. En menos de una hora los rusos habían evacuado la plaza por completo.

La familia consideró que más adelante hallaría ocasión de dar al conde muestras de su agradecimiento. Mas cuál no sería su consternación al saber que, el mismo día de abandonar la fortaleza, encontró la muerte en un enfrentamiento con las tropas enemigas. El correo que trajo la noticia a M... lo había visto con sus propios ojos, mortalmente herido de un tiro en el pecho y transportado a P.. donde se sabía con certeza que había expirado en el preciso instante en que los camilleros lo aupaban sobre unas andas. El gobernador, que acudió al correo para informarse personalmente de lo sucedido, supo además que, en el campo de batalla y en el momento de recibir el disparo, el conde había exclamado: "¡Julietta, esta bala te venga!" Y después, pronunciadas estas palabras, sus labios se cerraron para siempre. La marquesa se mostraba inconsolable por haber dejado escapar la ocasión de arrojarle a sus pies. Se hacía los más vivos reproches por no haber ido ella misma en su busca ante su negativa a presentarse en el castillo, negativa inspirada sin duda por su modestia. Compadecía a la infortunada, del mismo nombre que ella, en quien el conde había pensado en el momento de morir. En vano intentó averiguar dónde vivía, a fin de informarle de aquel desgraciado y trágico acontecimiento, y transcurrieron varios meses antes de que hubiera podido olvidarlo.

La familia se vio entonces obligada a desalojar la residencia del gobernador para que se instalara en ella el general ruso. En un principio se preguntaron si se retiraría a las posesiones del gobernador -perspectiva que halagaba mucho a la marquesa-, pero al coronel no le gustaba la vida en el campo; por eso la familia decidió alquilar una casa en la ciudad donde se instaló con carácter definitivo. Desde entonces las cosas volvieron a su antiguo estado. La mar-

quesa se entregó otra vez a la tarea –largo tiempo interrumpida– de educar a sus hijos, y las horas de ocio las dedicaba a la pintura y a sus libros, hasta que se sintió tan indispuesta, ella que había sido la imagen de la salud, que durante varias semanas fue incapaz de estar en compañía de nadie. Sufría náuseas, vértigos, mareos, y no sabía qué pensar de tan singular estado. Cierta mañana, hallándose reunida la familia para el té, y ausente momentáneamente el progenitor, la marquesa aprovechó para decir a su madre:

– Si una mujer me dijera que experimenta las mismas sensaciones que yo ante esta taza de té, pensaría que estaba encinta.

La señora de G... confesó que no lo entendía. Insistió la marquesa, declarando que acababa de experimentar la misma sensación que tiempo atrás cuando estaba embarazada de su segunda hija. La señora de G... le dijo que probablemente daría a luz una quimera, y se echó a reír.

– Seguramente el padre sería Morfeo o algún sueño de su cortejo –arguyó la marquesa bromeando en el mismo tono. Pero la llegada del coronel interrumpió la conversación, y como la marquesa se restableciera a los pocos días, toda esta historia quedó olvidada.

Poco tiempo después, hallándose en la casa el director forestal de G..., hijo del gobernador, la familia se llevó una enorme sorpresa cuando un sirviente irrumpió en el salón anunciando la llegada del conde F...

– ¡El conde F... –exclamaron al mismo tiempo padre e hija. Y el asombro les dejó mudos.

El sirviente aseguró que había visto y oído perfectamente y que el conde estaba ya esperando en la antesala. El gobernador se precipitó a abrirle la puerta y el conde, como un joven dios, ligeramente palidecido el rostro, hizo su entrada en el salón. Cuando acabó esta escena de inconcebible pasmo, una vez que el conde hubo convencido a los padres de que estaba vivo y bien vivo, empeñados ellos en conven-

cerle de que estaba muerto, volvió hacia la hija un semblante donde se pintaba la más viva turbación, y le preguntó cómo se encontraba.

- Perfectamente -aseguró la marquesa, impaciente por saber de qué manera había vuelto a la vida.

Pero el conde persistió en su pregunta y repuso que ella no le decía la verdad: su rostro denotaba una extraña palidez; o mucho se engañaba o estaba indispuesta y padecía algún malestar. Ella, animada por el acento de cordialidad que ponía el conde en sus palabras, respondió que, en efecto, si él se empeñaba, podía verse en aquella fatiga el vestigio de una indisposición que padeció unas semanas antes; por lo demás, no abrigaba ningún temor de que aquello pudiera tener otras consecuencias. A lo que él, manifestando gran alegría, contestó: "¡Y yo tampoco!", preguntándole a renglón seguido si consentiría en casarse con él. La marquesa se mostró muy sorprendida ante lo insólito de aquellas palabras. Con un rubor subido, miraba a su madre, y ésta miraba a su hijo y su marido con visible apuro. El conde se acercó a la marquesa, y, cogiéndole la mano como para besarla, renovó su petición. ¿Le habían comprendido? El gobernador le rogó que se sentara y le acercó un asiento con una cortesía un tanto envarada.

- La verdad -dijo la mujer del gobernador-, vamos a creer que sois un espíritu hasta que no nos digáis cómo habéis salido de la tumba de donde os enterraron en P..

Soltando la mano de la marquesa el conde se sentó, diciendo que las circunstancias le obligaban a ser breve. Herido de muerte, traspasado el pecho, lo trasladaron a P... Allí, durante varios meses, dudó que pudiera sobrevivir; durante todo ese tiempo, su único pensamiento había sido la señora marquesa; le era imposible describir el placer y el dolor entreverados con que evocaba su imagen. Una vez restablecido, volvió al ejército; muchas veces, a impulsos de una intensa agitación, había tomado la pluma para abrir su corazón al coronel y a la marquesa. Ahora, súbitamente,

lo enviaban a Nápoles con unos partes. No sabía si desde allí le darían orden de salir para Constantinopla; y aún pudiera ser que se viese en el caso de tener que ir a San Petersburgo; entretanto le sería imposible vivir más tiempo sin saber a qué atenerse sobre una imperiosa aspiración de su alma. Al atravesar la ciudad de M..., no pudo resistir a la fuerza que le empujaba a hacer algo por conseguirlo; en una palabra, le acuciaba el deseo de ver cumplida su aspiración de obtener la mano de la marquesa, y le dirigía la más respetuosa, angustiosa y apremiante súplica de que dignara responderle sin rodeos. El gobernador, tras un largo silencio, declaró que esa petición, si iba en serio, cosa que no dudaba, era sin duda muy halagüeña. Sin embargo, a la muerte de su esposo -el marqués de O...- su hija había expresado la decisión de no volver a casarse. Con todo, de poco tiempo a esa parte había contraído hacia el conde una obligación tan grande que no era imposible que su resolución llegara a ser modificada en consonancia con sus deseos. Entretanto, le rogaba en su nombre le concediera un cierto plazo para pensarlo con tranquilidad. Aseguró el conde que aquellas benévolas palabras satisfacían sin duda todas sus esperanzas, que en otras circunstancias le hubieran colmado de felicidad y que comprendía todo lo que había de inconveniente en no contentarse con ellas. Pero tenía motivos apremiantes -sin poder entrar en más detalles sobre el particular- para desear vehementemente una declaración más precisa: estaban ya enganchados los caballos que debían llevarle a Nápoles, y su súplica más angustiosa era que si algo en la casa hablaba a su favor -y al decir esto clavaba los ojos en la marquesa- no le dejaran ponerse en camino sin una repuesta prometedora. El coronel, a quien esta réplica no dejaba de sorprender, contestó que el agradecimiento que sentía la marquesa le autorizaba a hacerle algunas anticipaciones, las cuales, con ser grandes, no eran empero de esa envergadura; antes de dar un paso semejante, en el que iba la felicidad de su vida, no podía

menos que reflexionar con la circunspección necesaria. Era indispensable que antes de dar a conocer su voluntad, su hija tuviera la feliz ocasión de conocerle más a fondo. Le invitó, pues, a volver a M... una vez que hubiera cumplido su misión, de suerte que fuera por algún tiempo huésped de la casa. Si entonces la marquesa podía esperar hallar su felicidad con él, sería el primero a quien encantaría saber que su hija le había dado una respuesta concreta. Un intenso rubor asomó al rostro del conde.

- Tal es el destino que había previsto para mis impacientes deseos durante todo mi viaje -dijo, añadiendo que ahora se veía sumido en la más profunda aflicción. En vista del ingrato papel que se veía obligado a representar en el momento presente, el que se le conociera más de cerca no podía menos de servir a su causa. En cuanto a su reputación -si es que había de tenerse en cuenta la más ambigua de las cualidades humanas-, creía poder garantizarla; la única indignidad que había cometido en su vida era desconocida para el mundo, y se hallaba en vías de repararla. En una palabra, era hombre de honor y rogaba se aceptase su garantía como expresión de la verdad.

El gobernador esbozó una sonrisa, y contestó sin ironía que estaba de acuerdo con todas aquellas declaraciones. Jamás había conocido a un joven que en tan poco tiempo hubiera dado prueba de tan excelentes cualidades de carácter. No estaba lejos de creer que un tiempo limitado de reflexión disiparía cualquier sombra de duda que aún pesara en los ánimos; mas por lo pronto, antes de haber tratado del asunto tanto con los suyos como con la familia del conde, no podía hacerle otra declaración que la que ya había oído. Repuso el conde que él no tenía padre ni madre y que era libre. Su tío era el general K...y respondía de su aceptación. Añadió que era dueño de una fortuna respetable y que podría decidirse a adoptar Italia como patria.

El gobernador se inclinó cortésmente, le expresó de nuevo su voluntad y le rogó que dejara las cosas así hasta el tér-

mino de su viaje. El conde, tras un breve silencio en que dio muestras de la mayor turbación, respondió dirigiéndose a la madre que había hecho cuanto estaba a su alcance para evitar aquel viaje oficial: las gestiones que no había temido llevar a cabo cerca del general en jefe y del general K..., su tío, eran las más decisivas que pudieran hacerse. Pero habían estimado que aquella misión acabaría por disipar la melancolía que su larga postración había dejado como secuela: de ahí la profunda angustia en que se veía sumido. No sabía la familia qué responder a semejantes declaraciones. El conde, pasándose la mano por la frente, añadió que si le quedaba alguna esperanza de acercarse por ese medio al objetivo de sus deseos, intentaría su consecución aplazando su viaje un día o tal vez un poco más... Y mientras decía esto, miraba alternativamente al gobernador, a la marquesa y a su madre.

El gobernador bajaba los ojos con aire descontento y no respondía.

- Marchad, marchad, señor conde -dijo la mujer del gobernador-, emprended vuestro viaje a Nápoles y, a vuestro regreso, otorgadnos el placer de quedaros algún tiempo con nosotros: así, todo lo demás se arreglará...

El conde siguió sentado un instante, como si pensase qué decisión tomar... Luego se levantó y apartó su asiento. Las esperanzas con que había entrado en la casa eran prematuras, tenía que reconocerlo, y no le parecía mal la actitud de la familia en su insistencia en querer conocerle más a fondo; a este fin, iba a devolver sus partes al cuartel general de Z... para que los enviasen por otro conducto, y aceptaba por algunas semanas el amable ofrecimiento de ser huésped de la casa. Así, puesta la mano sobre su silla, de pie junto a la pared, permaneció inmóvil un instante observando al gobernador. Contestó éste que le sería sumamente penoso ver que se acarreama disgustos de orden más grave a causa de la pasión que parecía haber concebido por su hija. Con todo, él y sólo él era juez de lo que debía hacer

o no hacer: podía devolver los partes y ocupar la habitación que se le reservaba. A estas palabras se le vio palidecer; besó respetuosamente la mano de la madre, se inclinó ante los demás y se alejó.

Salió de la estancia y la familia se preguntaba qué había que pensar de un gesto semejante. En opinión de la madre no era concebible que devolviese a Z... los partes que llevaba a Nápoles únicamente por no haber conseguido, a su paso por M..., la respuesta afirmativa que esperaba, en una entrevista de cinco minutos con una dama totalmente desconocida para él. El inspector forestal hizo ver que un acto tan injustificado y caprichoso le exponía cuando menos a la pena de prisión militar...

- Y sin duda a un consejo de guerra -añadió el gobernador-. Pero no hay nada que temer -prosiguió-. A su modo de ver, no era más que una salva de fogeo: antes de devolver sus partes el conde tornaría a la sensatez. Cuando supo los riesgos a que se exponía, la madre expresó el más vivo temor de que en efecto los devolviese. Puesto que su apasionada voluntad no perseguía más que un solo objeto, le parecía sobradamente capaz de semejante acción. Con la mayor insistencia le rogó al inspector forestal que siguiera al conde inmediatamente y le disuadiera de exponerse a todas esas desgracias. Respondió el inspector forestal que esa gestión produciría exactamente el efecto contrario, fortaleciéndole en la esperanza de vencer mediante aquella estratagema. Tal era asimismo el parecer de la marquesa, la cual no obstante aseguraba que aun sin aquella intervención los partes serían indefectiblemente devueltos, pues el conde arrostraría todos los males antes de dar su brazo a torcer. Todos estaban de acuerdo en juzgar de lo más extraño su comportamiento, así como aquella manera, habitual sin duda, de tomar por asalto el corazón de las damas lo mismo que las fortalezas. En ese momento el gobernador vio delante de su puerta el carruaje del conde. Llamó a su familia a la ventana y preguntó sorprendido a un domésti-

co que acertó a entrar en ese instante si el conde continuaba en la casa. Respondió el doméstico que estaba abajo, en el cuarto del servicio, en compañía de un ayudante de campo, escribiendo cartas y sellando paquetes. El gobernador, dominando su gran inquietud, bajó a escape con el inspector forestal, y viendo al conde despachar sus asuntos en unas mesas poco adecuadas para el caso, le preguntó si no quería pasar a su gabinete y si por otra parte no tenía alguna cosa que mandar. Sin dejar un momento de escribir, el conde le expresó su agradecimiento con la mayor humildad, diciendo que lo que tenía que hacer estaba ya concluido. Cerrando la carta y sellándola, preguntó la hora, y, acto seguido, puso la cartera repleta en manos del ayudante de campo y le deseó buen viaje. Partió el oficial, y el gobernador, que no daba crédito a lo que veía, exclamó:

- Señor conde, a no ser que tengáis unas razones sumamente graves...

- Razones decisivas -interrumpió el conde, acompañando al oficial hasta su carruaje y abriéndole la portezuela.

- En ese caso, los despachos -prosiguió el gobernador-, podría llevarlos yo...

- Eso no es posible -respondió el conde, ayudando al oficial a acomodarse en el carruaje-; sin mí, esos despachos no tienen valor alguno en Nápoles. He pensado en ello también. ¡En marcha!

- ¿Y las cartas de vuestro tío? -preguntó el oficial, asomándose por la portezuela.

- Las recibiré en M... -repuso el conde.

- ¡En marcha! -dijo el oficial. Y el carruaje se alejó raudamente.

Volviéndose entonces al gobernador, el conde F... le pidió que por favor mandara que alguien le indicase la estancia que iba a ocupar.

- Venga conmigo; quiero tener personalmente ese honor -respondió el gobernador desconcertado. Y mandando coger los equipajes a sus criados y a los del conde, le acom-

pañó al aposento reservado a los huéspedes y secamente se despidió de él.

El conde se cambió de ropa y fue a presentarse al gobernador de la plaza. Durante el resto de la jornada no apareció por la casa y no volvió hasta un poco antes de la cena.

La familia había quedado presa de la más viva desazón. El inspector forestal refirió lo categóricas que habían sido las respuestas del conde a ciertas objeciones del gobernador. Estimaba que su actitud tenía todas las apariencias de la reflexión, ¿pero había en el mundo razones capaces de explicar una petición de mano formulada en términos tan perentorios? El gobernador confesó que no comprendía nada e invitó a la familia a no hablar más del asunto en su presencia. La madre miraba a cada instante por la ventana, preguntándose si a la postre el conde volvería, arrepentido de su ligereza, de forma que todavía se pudiera arreglar la cosa. Finalmente, con las primeras sombras del anochecer, se sentó junto a la marquesa, que absorta en su labor parecía evitar la conversación. Mientras el padre iba y venía, la madre preguntó a la hija a media voz si tenía alguna idea de a dónde iba a llevarles todo aquello. Ella dejó caer una mirada tímida sobre el gobernador, y respondió que si su padre hubiera conseguido hacerle salir para Nápoles, todo hubiese ido mejor.

- ¿A Nápoles? -exclamó el gobernador que lo había oído todo-. ¿Es que tenía que haber llamado al cura? ¿O mandarle arrestar y encerrar, y enviarle luego a Nápoles con una escolta?

- No -respondió la marquesa-, pero tratar de hacerle ver cabalmente la situación a una persona nunca está de más-. Y con aire molesto bajó los ojos sobre su labor.

Por la noche apareció el conde al fin. Tras las primeras cortesías, no esperaban todos más que una cosa: que la conversación recayera sobre el tema para lanzarse al asalto con un impulso unánime e inducirle a desistir, si aún estaba a tiempo, del paso que se había atrevido a dar. Pero en

vano fue, durante toda la cena, que se esperara ese momento. Evitando deliberadamente cuanto pudiera conducir a tan espinoso tema, conversó el conde con el gobernador sobre la guerra y con el inspector forestal acerca de la caza. Cuando aludió al combate de P..., donde lo habían herido, la mujer del gobernador la emprendió con el tema de su hospitalización, preguntándole lo que le había acontecido en aquella pequeña localidad y si había encontrado en ella los cuidados convenientes a su estado. Refirió entonces más de un rasgo cuyo interés residía primordialmente en la pasión que denotaba por la marquesa. Durante todo el tiempo en que se debatió entre la vida y la muerte –dijo– había estado ella sentada a su cabecera, y en la fiebre que le abrasaba, siempre confundió su imagen con la de un cisne que viera de niño en la hacienda de su tío. Sobre todo había vuelto a su mente un recuerdo con fuerza especial: cierto día, arrojó fango a un cisne que se sumergió en silencio y reapareció poco después, emergiendo de las ondas en toda su blancura. A ella la veía siempre nadando de acá para allá sobre ondas de fuego, y la había llamado Thinka –tal era el nombre de aquel cisne–, pero que nunca había sido capaz de atraerla, entregada totalmente como estaba al gozo de bogar pavoneándose. Repentinamente, con subido rubor en el rostro, le declaró cuán intensamente la amaba; después, volvió a poner la mirada en el plato y guardó silencio. Por último llegó el momento de levantarse de la mesa: el conde cambió algunas palabras con la madre, y acto seguido se despidió de todos con una reverencia y volvió a su aposento, dejando a los miembros de la familia sin saber qué pensar. En opinión del gobernador lo mejor era dejar que la cosa siguiera su curso. Para haber dado semejante paso, el conde contaba muy probablemente con su parentela. De lo contrario no dejaría de seguirse una acusación infamante. La señora de G... preguntó a su hija lo que pensaba de él. ¿No podría hacer a

fin de cuentas una declaración que evitara una desgracia?  
– Mi querida mamá –contestó la marquesa–, eso no es posible. Me acongoja que mi gratitud haya de verse sometida a tan dura prueba. Pues había decidido no volver a casarme. No tengo ningún deseo de jugar por segunda vez con mi felicidad y mucho menos de una manera tan precipitada. El inspector forestal observó que, si ella lo entendía así, tal declaración no podía ser sino beneficiosa para el conde, y que a su modo de ver era casi una necesidad darle una respuesta categórica. La mujer del gobernador arguyó que aquel joven, en cuyo favor abogaban tantas cualidades poco comunes, había manifestado su propósito de establecer su residencia en Italia. En consecuencia estimaba que su petición merecía algunas consideraciones y que la resolución de la marquesa debía ser examinada detenidamente. El inspector forestal, sentándose junto a ella, le preguntó cómo encontraba al conde en su persona. Ligeramente turbada, la marquesa respondió:

– Me gusta y no me gusta –; y, a su vez, pidió la opinión de los demás.

En el caso de que vuelva de Nápoles –dijo la mujer del gobernador–, y si las impresiones que tenemos acerca de él no se contradicen, ¿qué le contestarías si te volviese a hacer la proposición?

– En ese caso –repuso la marquesa–, puesto que demuestra un ardor tan grande en sus deseos, yo... –Se interrumpió; al hablar le destellaban los ojos: –A causa de la obligación que con él he contraído, daría satisfacción a esos deseos.

La madre, que en el fondo había anhelado siempre que su hija se volviese a casar, disimuló a duras penas la alegría de oír aquella declaración, pensando en todo lo que significaba. Entonces el inspector forestal se levantó bruscamente de su asiento y dijo que, si la marquesa pensaba que cabía la posibilidad de darle una satisfacción concediéndole su mano, era necesario comunicárselo de inmediato para evitar las consecuencias de su precipitada acción. Tal era era

también el parecer de la madre. Sostenía que, en resumidas cuentas, no se arriesgaba mucho con ello y que las excelentes cualidades como las que mostró la noche en que los rusos tomaron la ciudadela, en nada hacían temer que en adelante su conducta no fuese a ser igual. La marquesa bajó la mirada dando muestras de una viva turbación.

- Sin duda sería posible -añadió la madre cogiéndole la mano- darle a entender que, de aquí a su regreso de Nápoles, no tienes intención de entrar en relaciones con ningún otro.

- Querida mamá -dijo la marquesa-, por mí puedo muy bien hacerle esa declaración; lo único que temo es que no sea garantía suficiente para él y venga a complicar todavía más las cosas para nosotros.

- ¡Déjalo de mi cuenta! -repuso la madre con entusiasmo-. ¿A ti qué te parece Lorenzo? -inquirió volviéndose hacia el gobernador, dispuesta a levantarse de su asiento.

El gobernador, que de pie ante la ventana lo había oído todo, miraba a la calle y no decía nada. El inspector forestal aseguró que él se comprometía a que el conde abandonase la casa después de haberle dado aquella seguridad.

- ¡Pues bien, adelante, adelante! -dijo el padre, volviéndose-. Mira por dónde tengo que vérmelas una vez más con ese ruso. La madre se levantó, besó al marido y a la hija, y mientras al padre le hacía sonreír tanta diligencia, preguntó ella cómo se podría transmitir inmediatamente al conde esa declaración. A propuesta del inspector forestal, se decidió enviar a alguien a rogarle, caso de que estuviera todavía vestido, que hiciese el favor de volver a reunirse con la familia por un instante. Así se hizo, y el mandó contestar que no tardaría en hacer acto de presencia. No acababa de dar ese recado el sirviente a quien se le encomendó, cuando el propio conde en persona entraba en el salón. La alegría parecía llevarlo en volandas; presa de la más intensa emoción, se arrojó a los pies de la marquesa. El gobernador quería hablar; pero él, levantándose, le atajó en el acto: de

sobra sabía lo que quería decirle. Le besó la mano, así como a la mujer del gobernador, estrechó al hermano en sus brazos y le pidió, como única merced, que hiciera el favor de ayudarle a encontrar inmediatamente una silla de posta. La emoción de la marquesa ante aquella escena no le impidió decir:

- No será de temer, señor conde, que a impulsos de estas esperanzas vayáis demasiado lejos...

- ¡No, no! -respondió el conde-. Y si los informes que podáis allegar sobre mí no concuerdan con los sentimientos que me han atraído hacia vos en este salón, aquí no ha pasado nada.

El gobernador le dio entonces un cálido abrazo, el inspector forestal le ofreció en el acto su silla de posta personal, un cazador corrió a la posta a pedir caballos, y reinó la alegría con ocasión de aquella partida como nunca reinara para celebrar un recibimiento. El conde dijo que esperaba alcanzar al portador de los despachos en B..., y desde allí dirigirse a Nápoles, por un camino más corto que por M... En Nápoles haría lo posible para librarse del viaje a Constantinopla.

Resuelto, en el peor de los casos, a declararse enfermo, afirmó que si no le retenían obstáculos insuperables, estaría de regreso sin falta en un plazo de cuatro a seis semanas. Su asistente anunció entonces que el carruaje ya estaba enganchado, y todo dispuesto para la partida. El conde cogió su sombrero, se acercó a la marquesa y le cogió la mano.

- Y ahora, Julietta -le dijo-, me siento relativamente más tranquilo, aun cuando mi más entrañable deseo hubiera sido haceros mi esposa antes de la partida.

- ¡Su esposa! -fue la exclamación unánime de toda la familia.

- ¡Si, mi esposa! -repitió el conde. Le besó la mano, y como ella le preguntara si estaba perfectamente en sus cabales, le aseguró él que llegaría un momento en que le comprendería.

La irritación parecía adueñarse de la familia, pero el conde se despidió enseguida de todos del modo más afectuoso, y rogando a la marquesa que no pensara más en lo que acababa de decirle, se puso en camino.

Transcurrieron algunas semanas, durante las cuales las preocupaciones de la familia se dividieron en muy diversos sentidos sobre el desenlace de aquella singular aventura. El gobernador recibió una cortés misiva del general K..., el tío del conde. Por lo que a éste se refiere, escribió desde Nápoles, y los informes recogidos sobre su persona no dejaron de ser favorables. En una palabra, se consideraban ya los esponsales como cosa decidida cuando la marquesa comenzó a padecer nuevos malestares, y esta vez más agudos que nunca. Comprobó cambios incomprensibles sobrevenidos en su persona. Se lo confesó a su madre con toda franqueza, diciéndole que no sabía lo que pensar de su estado. La madre, a quien unas crisis tan extrañas inquietaban sumamente haciéndole temer por la salud de su hija, le pidió expresamente que consultara a un médico. La marquesa se resistió, confiando en que su naturaleza se impusiera. Sin seguir el consejo de su madre, pasó aún varios días en medio de los sufrimientos más agudos, y sus constantes accesos, de carácter tan extraño, la sumieron finalmente en una gran zozobra. Mandó llamar a un médico que gozaba de la confianza de su padre, le hizo sentarse en el sofá -su madre estaba ausente en ese momento-, y, tras un breve preámbulo, le confesó bromeando el estado en que creía hallarse. El médico le lanzó una mirada escrutadora. Después de haber procedido a un reconocimiento minucioso, guardó silencio durante cierto tiempo, y a continuación, con aire muy grave, respondió que la marquesa estaba en lo cierto; la dama le preguntó cómo se podía explicar aquello, y él no dudó en responder con claridad y una sonrisa que no pudo disimular; entonces la marquesa hizo sonar la campanilla, le echó una severa mirada de soslayo y le rogó que se retirara. A media voz, como si no

mereciera la pena hablarle y lo hiciera consigo misma, murmuró que no tenía ganas de bromas con él sobre asuntos de esa índole. El doctor, muy susceptible, contestó que ojalá hubiera estado siempre con tan pocas ganas de broma como entonces; cogió su bastón y su sombrero y se dispuso a despedirse. La marquesa declaró que pondría al corriente a su padre de aquellas palabras ofensivas. A lo cual respondió el médico que podía dar fe de ello bajo juramento ante el tribunal; abrió la puerta y, antes de salir, se inclinó. Mientras recogía un guante que se le había caído al suelo, la marquesa le preguntó;

- ¿Cómo es posible, doctor?

El médico repuso que no estimaba necesario explicarle los motivos de su actual estado. Se inclinó una vez más ante ella y salió.

La marquesa quedó como fulminada por un rayo; mas no tardó en recuperarse y se apresuró a ir al encuentro de su padre; sin embargo, la extraordinaria seriedad de aquel hombre que la había ofendido paralizó sus miembros; se arrojó sobre el diván muy excitada. Desconfiando de sí misma pasó revista a todos los momentos del año transcurrido, y, pensando en lo que acababa de sucederle, creyó haber perdido la razón. Su madre se presentó por fin y le preguntó sorprendida la causa de un disgusto tan grande. Ella le refirió lo que acababa de revelar el médico. La señora de G... dijo que era un desvergonzado e indigno, y apoyó la decisión de su hija de poner al padre al corriente de aquella ofensa. Afirmó la marquesa que el médico había hablado con toda seriedad y parecía decidido, incluso, a sostener su dictamen ante su padre sin la menor vacilación. La señora de G... le preguntó, no sin asombro, si ella creía en la posibilidad de encontrarse en tal estado.

- Antes darán frutos las tumbas y darán a luz los muertos -contestó la marquesa.

- Entonces, mi querida hija -dijo la mujer del gobernador, estrechándola fuertemente contra su pecho-, ¿por qué ator-

mentarte? Si la voz de tu conciencia es limpia, ¿cómo es posible que te cause tal pesadumbre un dictamen aunque lo hubiera emitido todo un congreso de médicos? Que el suyo se deba a error o mala fe, ¿qué caso puedes hacerle tú de todos modos? No obstante, conviene que se lo digamos a tu padre.

- ¡Dios mío! -exclamó la marquesa con un movimiento convulsivo. ¿Cómo voy a estar tranquila? ¿Acaso en mi interior un sentimiento hartamente conocido no me inquieta? Tengo la sensación de que hasta yo misma diría que su juicio tal vez es razonable y atinado.

- Pero eso es espantoso -dijo la mujer del gobernador-: Mala fe, equívoco -prosiguió la marquesa. ¿Qué razones puede tener ese hombre, que hasta hoy nos ha parecido digno de estima, para ofenderme de un modo tan bajo y humillante? ¿A mí, que no le he ofendido en nada, que le traté con toda confianza y le di pruebas de agradecimiento? ¿Cuándo, según se desprendió de sus primeras palabras, ha venido a verme para asistirme con una buena voluntad total y exenta de sospecha, y no para infligirme unos sufrimientos más crueles que los que experimentaba? Y en la necesidad de elegir -continuó bajo la penetrante mirada de su madre-, si yo quisiera creer en un error, ¿sería posible que un médico, por mediocre que fuera, se equivocase en semejante caso?

- Y sin embargo -dijo la mujer del gobernador con un asomo de acritud-, tiene que ser lo uno o lo otro.

- Sí, es verdad, queridísima madre -respondió la marquesa besándole la mano con una expresión de dignidad herida, y subido rubor en la cara-. No obstante, las circunstancias son tan extraordinarias que me permito dudar. Te juro, ya que me exiges una seguridad, que mi conciencia es tan pura y honesta como la de mis hijos. Pero de todos modos os ruego que mandéis llamar a una comadrona, así podré salir de dudas, y, sea lo que fuere, sabré a qué atenerme.

- ¡Una comadrona! -exclamó la señora de G..., escandalizada. ¡Una conciencia pura y una comadrona! -y no pudo decir más.

- Una comadrona, mi querida madre -repitió la marquesa cayendo de rodillas-, y enseguida, si no queréis que me vuelva loca.

- ¡Bien, así se hará! -respondió la mujer del gobernador. Pero te suplico que el alumbramiento no tenga lugar en mi casa -y se levantó para salir de la estancia.

La marquesa, que la seguía con los brazos abiertos, se postuló a sus pies y abrazó sus rodillas.

- Si una vida irreprochable -exclamó con la elocuencia del dolor-, una vida que ha tenido la vuestra por modelo me da algún derecho a vuestra estima, si algún sentimiento maternal conmueve aún vuestras entrañas, en tanto que mi culpa no sea clara y manifiesta no me abandonéis en estos terribles instantes.

- Pero entonces ¿qué es lo que te atormenta? -preguntó la madre-. ¿No es nada más que el diagnóstico del médico? ¿Nada más que tu sentimiento íntimo?

- Nada más, querida madre -contestó la marquesa con la mano en el pecho.

- ¿Nada, Julietta? -prosiguió la madre. Piensa bien lo que dices. Un desliz, aunque me causara un pesar indecible, eso podría perdonarse, y al fin y al cabo sería preciso que te perdonara; pero si para escapar a la reprobación de tu madre no se te ocurre nada mejor que inventar una historia sobre la deriva de las leyes naturales y pronuncias juramentos sacrílegos para imponerte a mi corazón demasiado inclinado a creerte, sería una vergüenza y todo habría terminado entre nosotras para siempre.

- ¡Ojalá el reino de los cielos abra ante mí sus puertas como mi alma se abre ante vos! -exclamó la marquesa-. Madre, no os he ocultado nada.

El patético acento de estas palabras conmovió a la señora de G...

- ¡Oh, Dios mío! ¡Hija de mi alma! -exclamó-. ¡Cómo me conmueves! La alzó, le dio un beso y la estrechó contra su seno. -Pero, no temas nada, por Dios. Ven, que estás muy enferma.

Quiso conducirla al lecho, pero la marquesa aseguró -entre lágrimas-, que se encontraba muy bien y que no sufría de nada, más que de aquel estado extraño e incomprendible.

- ¿Estado? -exclamó la madre-. ¿Qué estado? Si tu memoria no te engaña acerca de tu pasado, ¿qué angustioso delirio te embarga? Ese extraño sentimiento, por negro que sea, ¿acaso no puede engañarte?

- ¡No, no! -dijo la marquesa-. ¡No me engaña! Y si queréis tener a bien llamar a la comadrona, veréis cómo ese horror que me atormenta es absolutamente verdadero.

- Bueno, hija mía -dijo la señora de G..., que empezaba a temer por su razón-. Bueno, sígueme y métete en la cama. ¿Qué me decías sobre las declaraciones de ese médico? ¡Cómo te arden las mejillas! ¡Cómo tiembla tu cuerpo! ¿Qué te dijo el médico, entonces? -Y arrastraba consigo a la marquesa, incapaz de dar fe a todo lo que le había referido...

- Querida madre, qué bondadosa eres -dijo la marquesa sonriendo y aún con lágrimas en los ojos-. Estoy en mi sano juicio. El médico afirmó que estoy embarazada. Haced que venga la comadrona, y si ella dice que no es verdad, me tranquilizaré.

- Bien, bien -repuso la mujer del gobernador, reprimiendo su angustia-. Vendrá enseguida; se reirá de ti y te dirá que eres una fantástica y que no estás en tus cabales. -Hizo sonar la campanilla y mandó al punto a uno de sus sirvientes en busca de la comadrona.

Aún se hallaba la marquesa en brazos de su madre, jadeante de fiebre el pecho, cuando llegó aquella mujer, y la esposa del gobernador la puso al corriente de la extraña situación en que se encontraba su hija. La marquesa juró que su

conducta había sido virtuosa, no obstante, se sentía engañada por un sentimiento incomprensible, de modo que estimaba necesario someterse al reconocimiento de una mujer experta en la materia. La comadrona, mientras se informaba de todo, hablaba de la sangre joven y de la perfidia del mundo. Una vez concluido su examen declaró que había visto ya casos semejantes; todas las viudas jóvenes que se encontraban en esa situación –si había que darles crédito– parecían haber vivido en islas desiertas. Por lo demás, tranquilizó a la marquesa, asegurándole que el apuesto corsario desembarcado para la noche de amor terminaría por reaparecer. Al oír estas palabras, la marquesa se desmayó. La esposa del gobernador, vencida por el sentimiento materno, la hizo volver en sí, no sin ayuda de la comadrona. Pero acto seguido se dejó llevar por la indignación.

– ¡Julietta! –exclamó la madre dando muestras de un vivo dolor–: ¿quieres decirme quién es el padre, quieres decirme su nombre? –y parecía dispuesta aún a perdonar; mas como la marquesa dijera que iba a perder la razón, la señora de G... se levantó del diván–. ¡Vete, vete, infame! ¡Maldita sea la hora en que te traje al mundo! –le dijo. Y abandonó el salón.

La marquesa, que sentía de nuevo la noche en sus párpados, atrajo a la comadrona hacia sí, y, estremecida por temblores reclinó la cabeza en su pecho. Después le preguntó con voz entrecortada qué leyes sigue la naturaleza y si existía la posibilidad de quedar embarazada sin saberlo. La comadrona sonrió, y le dijo que ese no era el caso de la señora marquesa.

– No, no –repuso ésta–. Ella ya sabía que estaba embarazada: sólo quería saber si ese fenómeno estaba en el orden de las cosas naturales.

La comadrona respondió que, a excepción hecha de la Santísima Virgen, era cosa que no le había sucedido aún a mujer alguna sobre la tierra. La marquesa, cada vez más

temblorosa, creyendo que iba a dar a luz inmediatamente, rogó a la comadrona que no la abandonara y se abrazó a ella con una angustia convulsiva. La comadrona la tranquilizó, asegurándole que aún faltaba mucho para el momento del parto; le indicó el modo de librarse en semejante caso de las malévolas habladorías del mundo y fue de opinión que en definitiva todo saldría bien. Pero todas aquellas palabras de consuelo traspasaban el corazón de la infeliz como otras tantas puñaladas; no obstante se recobró, dijo que se encontraba mejor e indicó a la comadrona que podía retirarse.

Casi en el mismo momento en que la comadrona abandonaba la estancia, le llevaron a la marquesa un billete de su madre donde se le informaba que el señor de G... deseaba que, en tales circunstancias, se marchara de la casa. Le enviaba los documentos relativos a su fortuna y esperaba que Dios le ahorrara el dolor de volver a verla...

La carta, sin embargo, estaba humedecida por las lágrimas, y, en un ángulo de la misma –aunque borrosa– todavía era legible la palabra: “dictada”. De los ojos de la marquesa brotaron lágrimas de desolación. Se dirigió al cuarto de su madre, afligida por el error de sus progenitores y por la injusticia que extraviaba a aquellos dos seres tan buenos. Le dijeron que su madre estaba con su padre, y, con paso vacilante, se encaminó a los aposentos de este último. Halló la puerta cerrada y se desplomó ante el umbral, tomando a todos los santos, con voz dolorosa, por testigos de su inocencia. Llevaba allí unos minutos cuando salió el inspector forestal quien, con el rostro encendido y una mirada fogosa le dijo que el gobernador, de una vez por todas, no quería verla.

– ¡Querido hermano ! –exclamó ella entre sollozos, y luego entrando en la pieza–: ¡Padre, mi querido padre! Y tendía los brazos hacia él.

Al verla, el gobernador le volvió la espalda y se encaminó a su alcoba. Como ella le siguiera, gritó: “¡Vete!” Quería

cerrar de golpe la puerta, pero ella, gimiendo y suplicando, se lo impidió; el gobernador pudo zafarse de pronto y se acercó rápidamente a la pared del fondo, seguido siempre por la marquesa. Le había vuelto la espalda y ella corría a arrojarse a sus pies, abrazándose a sus rodillas, toda temblorosa, cuando una pistola que el gobernador había cogido se disparó en el momento de descolgarla de la pared, y el tiro fue a perforar el techo con estrépito.

- ¡Dios de mi vida! -exclamó la marquesa, aún de rodillas; después se alzó pálida como una muerta y salió precipitadamente del aposento-. ¡Que enganchen el carruaje inmediatamente! -dijo volviendo a su habitación. Se sentó en una butaca, extenuada, vistió a toda prisa a sus hijos e hizo el equipaje.

Aún tenía al más pequeño entre las rodillas, poniéndole un pañuelo para subir al carruaje, pues todo estaba listo para la partida, cuando entró el hermano y le dijo que por orden del gobernador los niños deberían quedarse.

- ¿Los niños? -respondió ella levantándose-. Decidle a ese padre sin entrañas que puede venir y matarme, pero que no me separe de mis hijos.

Hallando fuerzas en el orgullo de la inocencia, puso de pie a sus pequeños y, sin que el hermano se atreviese a retenerlos, los llevó al carruaje y emprendió la marcha.

Gracias a aquel hermoso gesto fue consciente de todo su valor, y así volvió a surgir, por su propio impulso, del fondo de aquel abismo donde el destino la había arrojado. Las emociones que la desgarraban se aplacaron cuando se vio al aire libre; besó apasionadamente a sus hijos, que eran su más preciado tesoro, y pensaba con gran satisfacción en la victoria obtenida sobre su hermano, gracias a aquella fuerza que emanaba su conciencia al sentirse libre de culpa. Su razón -lo bastante fuerte para no abandonarla en una situación tan extraña-, se encontraba como presa ante aquellos acontecimientos que parecían de naturaleza superior, sagrados e incomprensibles del mundo. Se daba

cuenta de la imposibilidad de convencer a su familia de su inocencia; comprendió entonces que debía consolarse, a menos de consentir en el naufragio, de modo que apenas transcurridos unos días de su llegada a V... el dolor se eclipsó totalmente para dar paso a un sentimiento heroico de acorazarse de orgullo contra los asaltos del mundo. Decidió replegarse en lo más hondo de sí misma, dedicarse por completo a la educación de sus hijos y cuidar con toda la ternura de una madre a aquel tercero del que Dios le había hecho don. Tomó sus disposiciones –para cuando se levantase después de dar a luz– a fin de que su hermosa casa de campo, caída en el abandono por mor de una larga ausencia, fuese restaurada en pocas semanas. Sentada en el cenador, tejiendo gorros y patucos para el futuro vástago, pensaba en la distribución de las habitaciones, en cuál colocaría los libros y dónde el caballete.

A todo esto, aún no había llegado la fecha en que el conde F... debía volver de Nápoles. Así, pues, ella vivía totalmente entregada a su destino, llevando una vida de retiro casi perpetuo. El portero recibió orden de no admitir a nadie en la casa. Sólo un pensamiento le parecía intolerable: que aquel ser que había concebido con toda pureza e inocencia y cuyo origen, a causa del misterio que le rodeaba, parecía divino, fuera considerado como una deshonra en la sociedad burguesa. Se le había ocurrido un medio singular para descubrir al padre, un medio tan extraordinario que cuando lo imaginó le causó tanto espanto a ella misma que dejó caer la labor que tenía en las manos. Durante sus largas noches de agitación y duermevela, le dio vueltas y más vueltas tratando de acostumbrarse a su estado. Todo su interés se centraba en entrar en relación con el hombre que había abusado de ella: estaba completamente decidida –soslayando su alcurnia–, a buscarle en cualquier parte del mundo donde se encontrase, fuera cual fuese su clase social y condición. Sin embargo, como el sentimiento de su independencia se hiciera en ella cada vez más intenso, y

estimando que la piedra preciosa conserva su valor sea cual sea el material en que se la engaste, una mañana, al sentir los primeros síntomas de vida del ser que llevaba en sus entrañas, tomó la decisión de hacer insertar en el diario de M... el extraño anuncio que hemos podido leer al comienzo de este relato.

El conde F..., a quien ciertos asuntos retenían imperiosamente en Nápoles, le había escrito entretanto por segunda vez a la marquesa, invitándola a permanecer fiel a la declaración implícita que le había hecho, fueran cuales fueren las circunstancias que de ello pudieran derivarse. Como había logrado evitar su viaje a Constantinopla, tan pronto como sus asuntos se lo permitieron, se apresuró a salir de Nápoles y, pocos días después, llegó a M...

El gobernador le recibió con aire conturbado. Le dijo que un motivo urgente le obligaba a salir y encomendó a su hijo que le informase. El inspector forestal lo llevó a una estancia, y, tras un breve saludo le preguntó si no sabía las cosas que habían acaecido en la casa durante su ausencia.

- No -respondió el conde palideciendo ligeramente. El inspector forestal le informó de la vergüenza con que la marquesa había cubierto a la familia, y le refirió la historia que ya conoce el lector. Con un brusco ademán, el conde se llevó la mano a la frente: -¿Por qué se han puesto tantos obstáculos en mi camino? -exclamó, olvidándose de su interlocutor-. Si se hubiera celebrado el matrimonio, nos habrían ahorrado esta afrenta y tanta desdicha.

El inspector forestal, mirándole con ojos desorbitados, le preguntó si estaba tan loco como para casarse con aquella desdichada. El conde contestó que la marquesa tenía para él más valor que el resto del mundo que la despreciaba, que estaba persuadido de que sus declaraciones de inocencia eran ciertas, y que ese mismo día saldría para V... con el fin de renovar ante ella su petición. Al punto cogió su sombrero, saludó al inspector forestal -quien pensó que el conde estaba loco de remate-, y se marchó.

Montó su cabalgadura y al trote salió para V... Una vez llegado, se detuvo ante la puerta y cuando quiso acceder al patio frontal, el portero le dijo que la marquesa no estaba visible para nadie. Preguntó el conde si aquella medida, tomada con miras a los extraños, se aplicaba también a un amigo de la casa; el otro contestó que no le habían hablado de ninguna excepción, a lo cual añadió con tono equívoco: ¿No seréis, por casualidad, el conde F...?

- ¡No! -respondió el conde escrutándole con la mirada. Después se volvió hacia su asistente, y de forma que el portero pudiera oírle dijo que, puesto que era así, se hospedaría en una posada y escribiría anunciándose a la marquesa. Pero una vez fuera del campo visual del portero, y doblada la esquina de una calle, se deslizó junto a la tapia de un vasto jardín que se extendía detrás de la casa. Entró al jardín por una puerta que encontró abierta, atravesó los senderos y ya iba a subir por una escalinata interior cuando a un lado, bajo un cenador, vio la figura graciosa y velada de misterio de la marquesa, que estaba trabajando con suma aplicación en una pequeña mesa. Entonces se le acercó de tal suerte que ella no pudiera verle antes de que se hallase a tres pasos de distancia, a la entrada del cenador.

- ¡El conde F...! -exclamó la marquesa alzando la mirada, y la sorpresa puso un subido rubor en sus mejillas. El conde sonreía; permaneció inmóvil a la entrada, aún un instante. Después se sentó junto a ella con una familiaridad tan llena de discreción que la marquesa no pudo alarmarse y, antes de que, en situación tan extraña, supiera ella qué hacer o no hacer, su visitante le pasó el brazo amorosamente por la cintura.

- ¿Cómo es que estáis aquí, de dónde venís, señor conde? ¿Es posible que seáis vos? -interrogó la marquesa, bajando con timidez la mirada.

- De M... -repuso el conde, atrayéndola hacia sí en un abrazo dulcísimo. Entré por la puerta de atrás, que hallé abierta.

- ¿No os han dicho nada en M...? -preguntó ella, permaneciendo entre sus brazos, sin apenas moverse.

- Todo, amada mía -respondió el conde-; pero yo estoy absolutamente convencido de vuestra inocencia.

- ¡Cómo! -exclamó la marquesa, desprendiéndose de su abrazo y poniéndose en pie-. ¿Y todavía venís...?

- Aunque le pese al mundo -continuó él, reteniéndola con mano firme-. A pesar de vuestra familia... A pesar incluso de esta encantadora aparición-. Y dejó un ardiente beso en su pecho.

- ¡Marcharos de aquí! - dijo la marquesa.

- Tan convencido, Julietta -prosiguió él-, como si lo supiera todo y mi alma morara en tu pecho.

- ¡Dejadme! -gritó la marquesa.

- Vengo -concluyó él sin soltarla- vengo a renovar mi petición y a recibir de vuestra mano la suerte de los bienaventurados si tenéis a bien aceptarme por esposo.

- ¡Dejadme ahora mismo, os lo ordeno! -exclamó la marquesa, y desprendiéndose de sus brazos, huyó

- Amor mío, amor mío -dijo él con dulzura, siguiéndola.

- ¡Callaos! -dijo la marquesa volviéndose en su huida.

- Quiero deciros un secreto al oído... -dijo el conde, agarrando el brazo que pugnaba por desasirse.

- No, todo es inútil -contestó la marquesa, que con un violento ademán apartó al conde, subió a toda prisa los escalones y desapareció.

Estaba ya el conde en mitad de la escalinata, empeñado a todo trance en que le oyese, cuando ella cerró la puerta de golpe y echó el cerrojo con fuerza, tratando apresuradamente de librarse de los pasos que la seguían.

Él permaneció un instante indeciso, sin saber qué hacer, y pensó si podría saltar por una ventana lateral para lograr el fin que se había propuesto. Pero lleno de amargo despecho por no haberla retenido entre sus brazos, bajó furtivamente la escalinata y abandonó el jardín, yendo en busca de sus caballos. Se daba cuenta de que la tentativa de hablarle con

el alma en la mano había fracasado sin remisión, y cabalgando al paso volvió a M..., pensando en la carta que ahora estaba condenado a escribirle. Esa misma noche, sentado a una mesa de la posada y con un humor de perros, vio al inspector forestal que le preguntó sin preámbulos si había llevado a feliz término su gestión en V.. El conde respondió secamente que no, dispuesto a despachar al otro sin más contemplaciones; sin embargo, por mera cortesía, un momento después añadió que estaba decidido a dirigirse a ella por escrito y que así no tardaría en saber a qué atenerse. El inspector forestal le dijo entonces que veía con pesadumbre cómo su pasión por la marquesa le hacía perder el juicio. Por lo demás, debía poner en su conocimiento que ella estaba ya en trance de otra elección. Hizo sonar la campanilla para que le trajesen los periódicos y le tendió la hoja donde venía inserta la invitación dirigida por la marquesa al padre de su hijo. El conde leyó aquellas líneas, agolpada la sangre en el rostro y el corazón entre sentimientos contradictorios. El inspector forestal le preguntó si creía que la persona que buscaba la marquesa podría aparecer.

– ¡Sin duda alguna! –contestó el conde, concentrado con toda su alma en aquel periódico cuyo texto leía con avidez. Doblando el periódico, se acercó un instante a la ventana y luego dijo–: ¡Bien, ahora ya sé lo que tengo que hacer! –Se volvió y preguntó al inspector forestal con mucha cortesía si le volvería a ver pronto; después le saludó y se fue, totalmente reconciliado con su destino.

Entretanto, en casa del gobernador habían tenido lugar importantes acontecimientos. La mujer del comandante se había disgustado a causa de la implacable dureza de su esposo y de la debilidad con que ella, sojuzgada, había consentido la tiránica expulsión de su hija. Cuando se disparó la pistola en el dormitorio del gobernador y su hija salió de él enloquecida, ella sufrió un desmayo, del que pronto se repuso; pero cuando volvió en sí, el gobernador se limitó a decirle que lamentaba haberla asustado en

vano, mientras arrojaba la pistola descargada sobre una mesa.

Después, cuando se planteó la cuestión de reclamar los niños, ella se atrevió a decir tímidamente que no les asistía ningún derecho para proceder de modo semejante; con voz débil y emocionada, a causa de los acontecimientos anteriores, suplicó que se evitaran en la casa escenas violentas, a lo cual respondió el gobernador volviéndose con ira insensata hacia el inspector forestal para decirle:

- ¡Ve y tráelos!

Cuando llegó la segunda carta del conde, el gobernador dio orden de remitirla seguidamente a V..., a la dirección de la marquesa, quien como luego se supo por el mensajero, había puesto la misiva a un lado diciéndole:

- ¡Está bien!

La mujer del coronel, que veía tantas cosas oscuras en aquellos sucesos, y sobre todo en el hecho de que la marquesa se mostrara dispuesta a un nuevo matrimonio con un fondo de perfecta indiferencia, trataba en vano de llevar la conversación a ese terreno. El gobernador le rogaba siempre que se callase, con un tono que era más bien el de una orden.

Cierto día, descolgando un retrato de su hija que había quedado en la pared, expresó su deseo de abolir en él todo recuerdo de la marquesa, y declaró que ya no tenía hija. En esto apareció en el periódico el insólito anuncio que ya conocemos. La mujer del coronel, muy consternada, cogió la hoja que le había enviado el gobernador y se dirigió a su despacho -donde él estaba trabajando en su escritorio-, pidiéndole encarecidamente que le dijese qué pensaba de aquello.

- ¡Oh, es inocente! -le dijo el gobernador sin dejar de escribir.

- ¡Cómo! -exclamó ella en el colmo del asombro-. ¿Inocente?

- Sí; lo hizo mientras dormía -dijo él sin levantar los ojos.

- ¿Dormida? -respondió su mujer-. ¿Pero es posible que algo tan inaudito pueda...?

- ¡Qué insensata! -exclamó el gobernador, y, sin más, recogió sus papeles y salió.

Ambos tomaban su desayuno a la mañana siguiente cuando la mujer del coronel, en una hoja de anuncios del periódico, todavía con el olor a tinta de la imprenta, leyó la siguiente respuesta: "Si la señora marquesa de O... tiene a bien encontrarse el día 3... a las once de la mañana, en casa del señor G..., su padre, la persona que busca estará allí para arrojarse a sus pies."

No había leído aún la mitad de aquellas líneas fantásticas cuando se quedó sin habla: recorrió el resto de una ojeada y tendió el pliego al gobernador.

El coronel lo leyó de arriba abajo por tres veces, como si no diera crédito a sus ojos.

- Y ahora, Lorenzo, dime, por el amor de Dios, ¿qué piensas de esto?

- ¡Qué hipócrita! -respondió el gobernador levantándose-: ¡Qué desvergonzada hipócrita! Es aún más impúdica que una perra y más astuta que una zorra. ¡Con esa carita! ¡Y esos ojos! Un ángel no los tiene más cándidos... -Se lamentaba, sin poder controlarse.

- Pero veamos -arguyó la mujer del coronel-, si sólo se trata de una argucia ¿qué es lo que realmente pretende?

- ¿Qué pretende? Quiere disimular su mezquina conducta -repuso el gobernador-. Ya se ha aprendido el cuento que trata de urdir para engañarnos aquí el día 3, a las once. Queridísima hija -quizá debo decir-, no lo sabía, quién iba a suponerlo, perdóname, yo te bendigo y todo queda arreglado. Pero el que se atreva a pisar el umbral de mi casa el día 3 por la mañana... Aunque quizá será mejor que mande a los criados que los echen a la calle.

La señora de G... leyó una vez más la nota y dijo que, si entre dos cosas inconcebibles debiera dar crédito a una de ellas, prefería creer en una broma absurda del destino antes

que en una bajeza de su hija, por lo demás hasta entonces irreprochable... -Pero aún no había terminado de hablar cuando el gobernador -a punto de abandonar la estancia- dijo:

- ¡Haz el favor de callarte! Me resulta odioso hablar de esto. Pocos días después el gobernador recibió una carta de la marquesa relacionada con la noticia del periódico. Puesto que le denegaba la gracia de aparecer por su casa, le pedía, de manera respetuosa y conmovedora, tuviese a bien encaminar a V... al hombre que se presentara en su casa la mañana del día 3. Quiso la fortuna que estuviese presente la mujer del coronel cuando recibió esta carta, y percibió con claridad cómo la sombra de la duda asomaba al semblante del gobernador, pues, si había maquinación por parte de su hija, ¿qué motivo podía atribuirle desde el momento que no manifestaba ninguna pretensión de que se la perdonase? Por eso, cobrando ánimos, expuso un plan que hacía tiempo venía madurando en ella y que, hasta ahora, no había revelado a causa de las dudas que atormentaban su alma. Mientras el gobernador clavaba en el papel una mirada inexpresiva, le dijo que se le había ocurrido algo. ¿Le permitiría ir por un día o dos a V...? En caso de que la marquesa conociese ya realmente al que había respondido como si fuese un extraño, ella aseguraba que sabría inducirle a traicionar sus sentimientos, y se demostraría así, de una vez por todas, que era una consumada embustera. El gobernador, desgarrando súbitamente la carta con un gesto furioso, repuso que no quería saber nada de la marquesa y que le prohibía terminantemente tener cualquier trato o relación con ella.

Metió en un sobre los trozos rotos de la carta, escribió la dirección de la marquesa y se la dio al mensajero como respuesta.

La mujer del coronel, exasperada ante tanta obcecación que cerraba el paso a cualquier posibilidad de entendimiento, decidió poner en práctica su plan inmediatamente, contra

lo dispuesto por su marido. Acompañada por uno de los monteros del gobernador, a la mañana siguiente, mientras éste aún se hallaba acostado, salió para V... Cuando llegó a la puerta de la quinta, el portero le dijo que la señora marquesa no recibía a nadie. La señora de G... repuso que no ignoraba esas disposiciones, mas con todo le rogaba que anunciase su visita. Éste contestó que no serviría de nada, pues la señora marquesa no recibía absolutamente a nadie. - A mí me recibirá porque soy su madre -arguyó la señora de G..., rogándole simplemente que no se demorara más en cumplir con su obligación.

Pero apenas había entrado el portero en la casa para efectuar aquella tentativa -que según él resultaría en vano-, cuando se vio salir de ella a la marquesa, correr a la puerta y caer de rodillas ante el carruaje de la mujer del coronel. Descendió la señora de G..., ayudada por su montero, y, no sin emoción, levantó a la marquesa, la cual, dominada por la fuerza de sus sentimientos, se inclinó ante ella para después tomarla de la mano; con el mayor respeto la condujo a su casa, mientras las lágrimas asomaban a su rostro.

- Queridísima madre -exclamó tras haberle hecho tomar asiento en un diván-. Y permaneciendo ante ella, se secaba los ojos.

- ¿Qué feliz acontecimiento me vale la dicha inapreciable de veros por aquí?

La señora de G..., estrechándola amorosamente entre sus brazos repuso que venía a pedirle perdón por la dureza con que había sido expulsada de la casa paterna.

- ¿Perdón? -la interrumpió la marquesa, tratando de besarle las manos.

Pero ella las retiró y prosiguió:

- No sólo la respuesta que ha aparecido en los periódicos nos ha convencido a tu padre y a mí de tu inocencia sino que, además, he de decirte que el que la escribió -para sorpresa y alegría nuestra a la vez- se presentó ayer en nuestra casa.

- ¿Y quién es...? -preguntó la marquesa, con la ansiedad

reflejada en su semblante, al tiempo que se sentaba junto a su madre.- ¿Quién es el que se ha presentado?

- Pues él -repuso la señora de G...-, el autor de la respuesta, él en persona, a quien iba dirigido tu llamamiento.

- Entonces -dijo la marquesa, al tiempo que su pecho se agitaba-: ¿quién es? -. Y repitió: ¿quién es...?

- Eso tú misma lo adivinarás. Figúrate que ayer, mientras tomábamos el té, leyendo precisamente el extraño anuncio del periódico, un hombre muy conocido nuestro entró en la estancia con gestos de desesperación y se arrojó a los pies de tu padre. Nosotros, sin saber qué pensar, le suplicamos que hablase. Entonces nos dijo que su conciencia no le dejaba en paz, que él era el canalla que abusó de ti y que, deseoso de que su afrenta se juzgase, estaba dispuesto a aceptar el castigo merecido, y que por eso estaba ante nosotros.

- Pero ¿quién es?, ¿quién?, ¿quién? -insistió la marquesa.

- Como ya te he dicho, es un hombre joven, bien educado por lo demás, del que nunca hubiésemos supuesto tal infamia. Espero que no te asustes, hija mía, cuando sepas que es de clase inferior y que renuncia a todas las exigencias que pudiera tener como marido tuyo.

- No importa, querida madre; tan indigno no puede ser desde el momento que se ha arrojado a vuestros pies antes que a los míos. Pero ¿quién es?, ¿quién? Sólo quiero que me digáis quién es.

- Pues bien -contestó la madre-, es Leopardo, el montero, a quien tu padre trajo siendo muy joven del Tirol, y que me ha acompañado hasta aquí, y si tú lo aceptas él acabará siendo tu esposo.

- ¡Leopardo, el montero! -exclamó la marquesa, llevándose las manos a la frente en un gesto de desesperación.

- ¿Qué te asusta? -preguntó la mujer del coronel-. ¿Tienes razones para dudarlo?

- ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo? -dijo la marquesa desconcertada.

- Eso no quiere confiárselo a nadie más que a ti. La vergüenza por una parte, y el amor -según dice-, le hacen imposible confiarse a otra persona que no seas tú. Pero si quieres abriremos la antesala, donde él aguarda con el corazón palpitante, y una vez que yo me retire, mira a ver si logras arrancarle su secreto.

- ¡Dios mío! -exclamó la marquesa-, ahora recuerdo que un mediodía de gran calor me quedé dormida, y, al despertarme, le vi alejarse de mi diván-. Al decir esto, con sus delicadas manos tapó su rostro arrebolado de vergüenza.

Al oír estas palabras, su madre cayó de rodillas ante ella.

- ¡Oh, hija mía! -exclamó-, ¡bendita criatura! -y la rodeó con sus brazos.- ¡Y yo, qué vileza!

- ¿Qué os ocurre, querida madre? -preguntó la marquesa llena de perplejidad.

- Qué podría decirte ahora -respondió la madre-, a ti, que eres más pura que los ángeles, sino que en todo cuanto te he dicho no hay una palabra de verdad, que mi alma perversa no creía en una inocencia como la que irradia de ti, y que, para convencerme, me he valido de esta mezquina argucia.

- ¡Madre querida! -exclamó la marquesa, inclinándose hacia ella y tratando de levantarla.

- ¡No! -protestó la madre-. Quiero seguir a tus pies hasta que me digas, bendita criatura, si puedes perdonar la mezquindad de mi conducta.

- Pero, querida madre ¿perdonaros yo a vos? Os lo ruego, levantaos.

- Escúchame -dijo la señora de G... -: deseo saber si aún me amas y si seguirás teniéndome el mismo respeto que antes.

- ¡Mi adorada madre! -exclamó la marquesa, arrodillándose a su vez ante ella-, el respeto y el amor jamás han abandonado el lugar que ocupan en mi corazón. ¿Quién podía haber depositado su confianza en mí en tales circunstancias? ¡Qué feliz soy, al comprobar que os habéis convencido de mi inocencia!

- Pues bien, ahora -repuso la señora de G..., levantándose con ayuda de su hija- no quiero dejarte de la mano, pequeña mía. Darás a luz en mi casa, y si las circunstancias quisieran que naciese un príncipe, no te cuidaría con más ternura y cariño con que voy a hacerlo. Jamás me apartaré de tu lado durante el resto de mi vida. Me enfrentaré al mundo entero, no aceptaré más honores que tu ignominia, si te dignas perdonar la dureza con que te hemos tratado. La marquesa trataba de consolar a su madre con caricias y juramentos, y antes de que se dieran cuenta atardeció y la noche se echó encima. Al día siguiente, como la venerable dama se hallaba más restablecida de sus emociones -lo que le había causado un acceso de fiebre durante la noche-, la madre, la hija y los nietos salieron como en triunfo hacia M... Entusiasmadas con su viaje, bromeaban acerca de Leopardo, el montero, que iba sentado en el pescante, y la madre decía a la marquesa que la veía ruborizarse cada vez que miraba sus anchas espaldas. A lo que la marquesa, con una expresión que era a la vez suspiro y sonrisa, repuso:  
- Id a saber quién se presentará el día 3, a las once de la mañana...

A medida que se aproximaban a M... sus semblantes ensombrecieron, ante la perspectiva de los acontecimientos que iban a tener lugar. La señora de G..., sin revelar lo más mínimo sobre sus planes, bajó del carruaje con su hija delante de la casa y la llevó a sus antiguos aposentos; le dijo que se acomodara tranquilamente a su gusto, que ella pronto volvería a su lado, y acabó por marcharse.

Al cabo de una hora volvió con el semblante encendido.

- ¡Oh, cómo es Tomás! -dijo, interiormente satisfecha-. ¡Es increíble! ¡He necesitado casi una hora para convencerle! Pero allí está sentado ahora, roto en llanto.

- ¿Quién? -preguntó la marquesa.

- Él -respondió la madre-. ¿Quién sino él tiene motivos?

- No irás a decirme que es mi padre -dijo la marquesa.

- Como un niño -repuso la madre-. Tanto que si no hubie-

ra tenido que enjugar mis propias lágrimas me hubiese echado a reír, nada más salir por la puerta.

- ¿Por mi culpa? -preguntó la marquesa, poniéndose en pie-. ¿He de quedarme...?

- Sí, de aquí no vamos a movernos-dijo la señora de G...-. ¿Por qué me dictó esa carta? Que venga aquí a buscarte, si es que quiere volver a verme alguna vez en su vida...

- ¡Mi querida madre! -suplicó la marquesa.

- Seré inflexible -interrumpió la mujer del coronel-. ¿Por qué habrá cogido la pistola?

- Pero yo os ruego...

- Tú no te moverás -replicó la señora de G..., obligando a su hija a sentarse de nuevo-. Y si no viene antes de esta noche, mañana me iré contigo.

A la marquesa le pareció que aquella actitud era excesivamente dura e injusta.

- Tranquilízate -le respondió su madre, que en ese momento había oído que alguien se acercaba entre sollozos-. ¡Ya viene!

- ¿Dónde está? -preguntó la marquesa-. Y escuchó. Parece que hay alguien tras la puerta, ¿acaso ese ruido...?

- Pues claro -dijo la señora de G...-: Quiere que le abramos la puerta.

- Dejadme -dijo la marquesa-, y se levantó rauda del sillón.

- Julietta, por favor, vuelve a sentarte.

Pero en ese instante apareció el gobernador, secándose los ojos con un pañuelo. La madre se plantó delante de su hija, volviéndole la espalda al marido.

- Mi queridísimo padre -exclamó la marquesa, tendiéndole los brazos.

- ¡No te muevas de donde estás, ya me has oído -dijo la señora de G...

De pie en medio de la estancia, el gobernador lloraba.

- Tiene que pedirte perdón -prosiguió la madre-. ¿Por qué ha sido tan duro y obstinado? Le quiero, pero también a ti;

le respeto, pero también a ti. Y en caso de que tuviera que elegir, tú eres más bondadosa y permanecería contigo.

El gobernador, doblado en una profunda inclinación, sollozaba de tal manera que hasta las paredes parecían estremecerse.

- ¡Oh, Dios mío! -exclamó la marquesa que, apartándose de su madre, cogió su pañuelo para dar también libre curso a su llanto.

- Apenas puedo decir palabra -dijo la señora de G..., haciéndose a un lado.

Entonces la marquesa se irguió, abrazó al coronel y le pidió que se tranquilizara. También ella lloraba lágrimas ardientes. Preguntó a su padre si no quería sentarse; quiso acomodarle en un asiento; le acercó una silla para que se sentase, pero él no repuso nada; no se movió de donde estaba, tampoco se sentó; permanecía inmóvil, con la cabeza abatida y lloraba. La marquesa -acercándose a él, mientras se volvía hacia su madre- dijo que se iba a poner enfermo; también la madre parecía a punto de dejarse ablandar, viendo aquellos temblores convulsos. Sin embargo, cuando el gobernador cediendo a las repetidas súplicas de su hija al fin tomó asiento, y cuando ésta prodigándole sus caricias, cayó a sus pies, la madre tomó de nuevo la palabra, diciendo que todo aquello tenía que suceder, y que él acabaría por volver a la razón. Luego salió de la estancia dejándolos solos.

Una vez fuera, enjugó sus propias lágrimas y se preguntó si las violentas emociones en que había sumido a su esposo no podrían, en efecto, traer consecuencias desagradables y si no sería conveniente llamar a un médico. Ella misma hizo la cena con alimentos nutritivos y sedantes, le preparó y calentó la cama para que pudiera descansar, en cuanto apareciese de la mano de su hija; mas como la mesa estaba ya puesta para la cena y él no venía, la señora de G..., se acercó a la alcoba de la marquesa para ver qué sucedía. Aplicando el oído a la puerta, escuchó las últimas palabras de un ligero murmullo que creyó venir de la marquesa, y

cuando miró por el ojo de la cerradura vio a la hija sentada en las rodillas de su padre, cosa que él jamás había admitido en su vida. Al fin se decidió a abrir la puerta y, con el corazón rezumando alegría, vio a su hija silenciosa, con la nuca inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, en brazos de su padre. Y él, sentado en el diván, con brillo de lágrimas en sus ojos abiertos, ponía en su cara ardientes y ávidos besos como un auténtico enamorado. Su hija callaba, y él callaba igualmente; permanecía sentado, con el rostro inclinado sobre ella, cual el de la imagen de su primer amor, y le volvía la cabeza para besarla una vez más. La madre se sintió imbuida de felicidad; de pie tras el diván, sin que la vieran, no se atrevía a turbar la celestial dicha que aquella reconciliación traía a su hogar. Finalmente se acercó al padre, e inclinándose a un lado y otro del asiento, le miró de soslayo, mientras que él, con indecible placer, acariciaba con sus manos y su boca el rostro de su hija. Al ver a su esposa, el gobernador mudó de expresión, volvió a adoptar al punto su aire hosco y quiso hablar, pero ella exclamó: – ¡No pongas esa cara! – Se apresuró a besarle, a su vez, y con una broma puso fin a aquellas emociones. Les invitó a ir a la mesa, y ambos la siguieron, como si fueran novios; el gobernador se mostró muy alegre, por supuesto, aunque de cuando en cuando se le hacía un nudo en la garganta; comía y hablaba poco, miraba a su plato y jugueteaba con la mano de su hija...

Ahora bien, al día siguiente todos se hacían la misma pregunta: ¿quién aparecería mañana a las once? Pues precisamente la mañana siguiente era la del temido día 3. El padre y la madre, así como el hermano que se les había unido, –igualmente reconciliado–, estaban de acuerdo para que se celebrase el matrimonio, a poco que la persona fuera de condición aceptable. Debía intentarse todo lo posible para hacer feliz a la marquesa en aquellas circunstancias. Si no obstante la condición de aquel hombre fuera tal que estuviera muy por debajo de la clase de la marquesa, aunque se

le favoreciese con ayudas, sus padres se opondrían al matrimonio y su decisión sería que la marquesa siguiera viviendo con ellos, como antes, y adoptar al niño. La marquesa, por el contrario, se inclinaba más bien por mantener su palabra, con tal que el hombre no fuese de una reputación irredimible, y dar a todo trance un padre a su hijo.

Esa noche la madre preguntó cómo se las iban a arreglar para el recibimiento. En opinión del gobernador lo más conveniente sería dejar a la marquesa sola a las once. En cambio la marquesa insistió en que sus padres, así como su hermano, estuvieran presentes también, pues no quería tener secreto de ninguna clase con el personaje. Estimaba ella, además, que ese deseo parecía implícito en la respuesta que había dado, toda vez que proponía la casa del gobernador para la cita: circunstancia por la cual dicha propuesta –debía confesarlo sin rodeos– le había agradado mucho. La madre observó lo que tenían de arriesgado los papeles que el padre y el hermano habrían de jugar en la escena, y rogó a su hija permitiese a los dos hombres mantenerse alejados. Por el contrario, y ateniéndose a su deseo, ella misma estaría presente para recibir a esa persona. Tras un instante de reflexión, la hija aceptó finalmente aquella sugerencia.

Así las cosas, tras una noche de tensión y espera, despuntó la mañana del día 3. Cuando el reloj dio las once, ambas mujeres se hallaban sentadas en el salón grande, elegantemente ataviadas, como para unos esponsales. No se había extinguido aún el eco de la última campanada, cuando entró Leopardo, el montero que el padre había traído del Tirol. Al verle, ambas mujeres palidecieron.

– El carruaje del conde F... –dijo– está a la puerta, y manda anunciar su visita.

– ¡El conde F...! –exclamaron las dos al mismo tiempo, mirándose desconcertadas.

– ¡Cerrad las puertas! –dijo la marquesa–. ¡Para él, no estamos en casa!

Se levantó, para echar el cerrojo ella misma, y a punto estuvo de empujar al montero –que seguía plantado ante ella–, cuando el conde hizo su aparición: venía en uniforme de campaña, con armas y distintivos, lo mismo que el día de la toma del fuerte. La marquesa, desconcertada, creyó que la tierra cedía bajo sus pies; cogió un pañuelo que había dejado sobre una butaca y trató de ganar una estancia contigua, pero la señora de G..., asiéndola por la mano, exclamó:

– ¡Julietta!... –Y como si la asfixiaran sus pensamientos, se quedó sin habla de pronto. Clavó los ojos en el conde y repitió: –¡Julietta, por favor! –Y la atrajo hacia sí.– ¿A quién esperamos?

La marquesa se volvió bruscamente:

– ¿Ahora? Tal vez a él... –exclamó–, fulminándole con la mirada, mientras su rostro palidecía mortalmente.

El conde había doblado una rodilla ante ella, y con la mano derecha en el corazón, y la cabeza levemente inclinada sobre el pecho, permanecía así, humillando sus miradas ardientes y silencioso.

– ¿Quién había de ser? –exclamó la mujer del gobernador con voz ahogada--. ¡Oh, qué estúpidas! ¿Quién podía ser sino él?

La marquesa se quedó rígida y dijo:

– ¡Creo que voy a enloquecer, querida madre!

– Escucha, y no seas necia –dijo la madre–, atrayéndola hacia sí y susurrándole algo al oído.

La marquesa se volvió y dejándose caer en el diván se cubrió el rostro con ambas manos.

– ¡Desdichada! –exclamó la madre–. ¿Qué te sucede? ¿Qué ocurre? ¿Acaso no estás preparada para esto?

El conde –muy cerca de la mujer del comandante–, seguía sin moverse; todavía arrodillado, cogió el borde de su vestido y lo besó.

– Oh, querida señora, digna del mayor respeto – dijo, y una lágrima rodó por sus mejillas.

- Levantaos, señor conde, levantaos -dijo la mujer del coronel-. Consoladla, ya estamos reconciliados, todo ha pasado y está olvidado.

El conde se alzó visiblemente emocionado. Después volvió a ponerse a lo pies de la marquesa; le tomó la mano delicadamente como si fuese de oro y el roce de las suyas la pudiera empañar. Pero ella, poniéndose en pie, exclamó:

- ¡Marchaos, por favor, marchaos! Esperaba encontrarme con un ser depravado, pero no con el mismo demonio.- Apartándose de él como de un apestado, abrió la puerta de la estancia y dijo: -¡Llamad al coronel!

- ¡Julietta! -exclamó sorprendida la mujer del gobernador. La marquesa, con fuego en los ojos, miraba ora al conde ora a su madre; su pecho jadeaba, su semblante parecía arder: una furia no sería más aterradora.

A todo esto, no tardaron en acudir el coronel y su hijo.

- ¡Padre! -dijo la marquesa nada más verlos en el umbral-. ¡No puedo casarme con este hombre! -Metió la mano en un recipiente con agua bendita situado cerca de la puerta y roció a su padre, a su madre y hermano, y acto seguido desapareció.

El gobernador, desconcertado ante aquel extraño suceso, preguntó qué había sucedido y palideció al ver en la estancia en aquellos momentos tan decisivos al conde de F... La madre cogió al conde de la mano y dijo:

- No preguntes nada. Este joven deplora con toda su alma lo sucedido. Dale tu bendición, dásela, dásela, y todo terminará felizmente.

El conde parecía como anonadado. El gobernador puso la mano sobre él, pestañeó y con labios mortalmente pálidos, dijo:

- Que la maldición de los cielos no caiga sobre esta cabeza. ¿Cuándo pensáis casaros?

- Mañana -respondió la madre en su lugar, pues él era incapaz de pronunciar palabra-. Mañana, o si preferís, hoy. El señor conde ha demostrado un celo tan laudable en

reparar su falta que, sin duda, preferirá que sea lo antes posible.

- Entonces tendré el placer de veros mañana a las once, en la iglesia de los agustinos -dijo el gobernador.- Y sin más le saludó con una inclinación, llamó a su mujer y a su hijo para que lo acompañasen al aposento de la marquesa, y le dejó solo.

En vano trataron de conseguir de la marquesa una explicación a su extraña conducta: víctima de una intensa fiebre, no quería oír absolutamente nada sobre aquel matrimonio, y les pidió que la dejaran sola. Al ser preguntada por qué había cambiado tan súbitamente su decisión, y por qué el conde le resultaba más odioso que cualquier otro, miró a su padre de un modo extraño y no repuso nada. La mujer del coronel dijo que se olvidaba que era madre, a lo que ella respondió que en estas circunstancias debía pensar más en ella que en su hijo, y nuevamente volvió a jurar por todos los santos del cielo que no se casaría. El padre -que parecía verdaderamente sorprendido-, dijo que debía mantener su palabra, y, después de dejarla, dispuso por escrito todos los preparativos con el conde. Envío a éste un contrato matrimonial en cuyos términos se expresaba que renunciaría a la dote de los esponsales, y, en cambio, se obligaba a todos los deberes que se le exigían. El conde devolvió el documento con su rúbrica, en el que podía percibirse que estaba humedecido por las lágrimas. Al día siguiente, cuando el gobernador se lo entregó a la marquesa, advirtió que su ánimo se había apaciguado un poco. Sentada al borde de su lecho, lo leyó una y otra vez, lo dobló pensativa, lo desplegó de nuevo y volvió a leerlo. Tras esto, declaró que a las once estaría en la iglesia de los agustinos. Se levantó, se vistió sin decir palabra, y cuando llegó la hora subió al carruaje con todos los suyos y se pusieron en marcha. Sólo cuando estuvieron ante el pórtico de la iglesia le fue permitido al conde agregarse a la familia. Durante la ceremonia, la marquesa no quitó los ojos del retablo del altar: ni siquiera una mira-

da furtiva al hombre con quien intercambiaba su anillo. Una vez terminada la ceremonia, el conde le ofreció el brazo; pero, nada más salir de la iglesia, la condesa se despidió de él con una inclinación. Preguntó el gobernador si tendría el honor de verle alguna que otra vez en los aposentos de su hija, a lo que el conde balbució algo que nadie pudo entender, saludó a todos con el sombrero y acabó por alejarse. Alquiló una mansión en M..., y allí pasó varios meses, sin poner ni una sola vez los pies en la residencia del gobernador, donde había seguido viviendo la condesa. Por su conducta afectuosa y reservada –ejemplar en todos los conceptos–, allí donde se encontraba con la familia, mereció que se le invitara al bautizo cuando la condesa dio a luz un niño.

La condesa, –sentada al borde del lecho, cubierto de recamados tapices–, le vio tan sólo un instante asomarse a la puerta, desde donde le dirigió un saludo respetuoso. Entre los regalos con que los invitados obsequiaban al recién nacido, arrojó el conde en su cuna dos papeles, y, cuando se alejó, vieron que uno era un presente de veinte mil rublos para el niño, y el otro un testamento donde se especificaba que, en caso de muerte, designaba a la madre heredera de toda su fortuna.

Así, pues, a partir de ese día, y por indicación de la señora de G..., el conde fue invitado a la casa con frecuencia; la casa estaba abierta para él, y no pasaba una tarde que no se le viese. Tenía la sensación de que –en nombre de las debilidades que caracterizan a la naturaleza humana– había sido perdonado por todos, y comenzó de nuevo a cortejar a la condesa, su esposa, y al cabo de un año, cuando oyó el “sí” de sus labios por segunda vez, se celebraron segundas nupcias, que fueron más alegres que la primera, después de las cuales toda la familia se dirigió a V... A partir de este momento, la descendencia de vástagos rusos no dejó de aumentar, sucediendo al primero; y como el conde, en uno de sus momentos de felicidad, preguntara cierto día a su

esposa por qué, aquel fatídico día 3, había huído de él como del demonio, ella le contestó, echándole los brazos al cuello, que no le habría visto como el demonio si antes -al verle por primera vez-, no se le hubiera aparecido como un ángel.



Heinrich von Kleist (1777-1811). Poeta y dramaturgo alemán, cuya vida estuvo marcada por el demonio de la desesperación hasta el final de sus días. Su misma biografía podría ser el argumento de alguno de sus cuentos crueles y sarcásticos, en los que la razón y la moral tradicional se ven asediadas por los imponderables de la locura, el azar y la muerte. Durante algún tiempo fue oficial del ejército y funcionario de la administración prusiana. Realizó estudios de Derecho y Filosofía en su localidad natal. En 1792 pasó a formar parte del ejército. A la caída de Prusia, fue acusado de espionaje y encarcelado por los franceses en la fortaleza de Joux. Recobrada la libertad, residió dos años en Dresde. Viajó por Europa para ampliar sus conocimientos, y comenzó a escribir novelas y dramas.

A su regreso a Berlín, ingresó en el círculo romántico de Arnim y Brentano, donde editó la revista *Berliner Abendblätter*, de la que sólo se publicaron escasos números.

Considerado como uno de los grandes *románticos* de la literatura alemana, entre sus obras cabe destacar: *La familia Schroffenstein* (1801), *La marquesa de O* (1805) –que fue llevada al cine por Eric Rohmer en 1976–, *Anfitrión* (1806), *Pentesilea* (1807), *El terremoto de Chile* (1808) y *El príncipe de Homburg* (1811), drama basado en un episodio de la guerra de los Treinta Años.

Kleist puso fin a su atormentada vida a los treinta y cuatro años, suicidándose a orillas del lago Wannsee, en las cercanías de Postdam.